

EL ANCLA DE LA ESPERANZA

Dudley Hall

“Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortissimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo.” Hebreos 6:18-19.

No podemos resistir por mucho tiempo sin esperanza. Dios le había dado a los hijos de Israel una razón para tener esperanza cuando les prometió que a través de ellos Él bendeciría al mundo. Dios les había hecho un juramento comprometiéndose Él mismo con el destino de ellos por Su propia palabra. Dios había redactado y firmado un contrato de que no fallaría en Sus promesas para bendecir a Israel.

Ellos habían imaginado que el cumplimiento de Sus promesas quería decir que ellos serían la nación exaltada de la tierra con todas las otras naciones reconociendo su ley superior, su gran templo, su economía más fuerte, y su ejército más efectivo.

Cuando Jesús, el hijo último de Abraham, vino a la tierra comenzó a explicar el pleno significado de la promesa de Dios para bendecir al mundo por medio de Israel. De hecho Él era la simiente que aplastaría la cabeza de Satanás como cumplimiento de la promesa de Dios a Adán y Eva (Gén. 3). Él era el rey que se sentaría en el trono de David. Él era el templo mayor que alojaría la gloria plena de Dios. Después de Su muerte y resurrección, Él envió al Espíritu Santo que cumplió la promesa de Joel del día del Señor (Hechos 2).

Nuestra esperanza ya no se encuentra en ciudades restauradas o en templos reedificados. Nuestra esperanza va “tras el velo,” a la misma presencia de Dios donde la sombra de los tipos del Antiguo Testamento se convierten en la sustancia de la realidad del Nuevo Testamento. Nuestro sacerdote es del orden eterno de Melquisedec. Nuestro sacrificio ha sido de una vez por todas ofrecido y aceptado.

A través del ojo natural, parecía como si Dios hubiese fallado en su propósito con Israel. El pueblo que Él había escogido había rechazado a Su propio hijo. Pero aún en su rechazo, el plan de Dios fue cumplido y Sus promesas fueron mantenidas. La crucifixión no solamente era el resultado del rechazo de hombres malvados del amor de Dios, sino que cumplía el plan divino para que Israel produjera una simiente que bendeciría al mundo. Cuando Jesús murió y se levantó nuevamente el mundo entero tuvo acceso al Salvador. La esperanza que había estado asociada con la tierra y con edificios era más grande que lo anticipado.

Tenemos una esperanza que es como un ancla que ha sido afianzada detrás del velo. No importa qué tormentas puedan venir a nuestra nave, el ancla resiste. Tenemos esperanza en una victoria que no podemos entender totalmente, pero que podemos abrazar. Dios no va a fallar a Sus promesas. Él se ha obligado a Sí mismo con Su pueblo de fe por medio de un juramento y todas las promesas son “sí” en Cristo.